



como gran arteria comercial, nadie le puede quitar para el futuro su ejecutoria ; pero seguramente será una avenida apacible en contraste con la otra gran avenida. Y los hombres de la generación que nos suceda se preguntarán cómo es posible que esta avenida nuestra fuera considerada como la Gran Vía de la primera mitad de nuestro siglo.

El pequeño París nuestro se ceñía a esta zona ; se ciñe, mejor dicho. El pequeño Nueva York será el de la otra, cara a la Sierra, desde donde se ve el querido Madrid de ahora un poco bajo, con algo de bruma siempre, a causa del río, que no lleva agua, pero la produce casi como el Támesis. Y no será un adiós el que podamos dedicar a aquél, puesto que estamos muy seguros de su supervivencia, aunque se transforme todo lo que sea a medida que los viejos edificios se vayan derribando y otros nuevos, de moderna arquitectura, los sustituyan. Tendremos dos Madrid, cara a los dos puntos cardinales, y eso saldremos ganando.

J. ALVAREZ ESTEBAN

(Fotos López Contreras.)



UNA soberbia explanada, en cuyo centro se yergue la estatua de la llama de la cultura, precede al conjunto médico universitario, integrado por las Facultades de Medicina y de Farmacia y la Escuela de Estomatología.—(Foto Basabe.)



MAGNA vista del Gran Arco de Triunfo, soberbia entrada a la Ciudad Universitaria. Al fondo, el Ministerio del Aire.—(Foto Yubero.)

La Ciudad Universitaria de Madrid, una de las más bellas del mundo



HERMOSAS avenidas, rientes de claridad, atraviesan la Ciudad Universitaria.

ENTRE los soberbios monumentos y regias instalaciones que realzan la capital de España, ocupa lugar preeminente la Ciudad Universitaria. Alguien dijo que era la más bella Ciudad Universitaria del mundo, y a fe que la frase no peca de hiperbólica. Su magnífico conjunto arquitectónico, la esplendidez y majestuosidad de sus instalaciones y, sobre todo, su maravilloso emplazamiento, justifican con creces el elogio.

Cerca tiene uno de los más famosos parques madrileños, y en su seno, magníficas pistas, bordeadas de tupida arboleda. Sus huecos miran al paisaje velazqueño de la Sierra, cuyos altos picachos, peinados a menudo por la nieve, le sirven de magnífica decoración. La montaña le presta su frescor, y su humedad el Manzanares, que va dejando de ser ya aprendiz de río.

Por su espléndido emplazamiento se conoció antaño el lugar en los palacios y círculos palatinos como «pulmón de la Corte», y gustó tanto a los monarcas que Carlos III acotó para la Corte la heredad de la Florida.

Prendido el Borbón de la belleza del paraje, de la bondad de su clima y de la frondosidad de la arboleda, se reservó para sí y sus sucesores aquel trozo de vergeles floridos que agrupaba varios heredamientos.

El monarca remozó el verdor y lozanía de los terrenos, intensificó la arboleda y construyó hermosos edificios para recreo del cuerpo y del espíritu.

Frente a los montes de El Pardo surgió la silueta de los robles y de los encinares, que en los lívidos atardeceres de Madrid traían a las puertas de la Corte toda la grandeza y toda la severidad inmortal de la milenaria Castilla.

En el paraje surgió también el bellissimo Palacete de la Moncloa, mansión de reyes y morada de artistas, que el de Eliche enjoyó con los trazos de Miguel Angel Colonna y Agustín Mitelli, colaboradores de nuestro gran Velázquez en Bolonia.

Había allí dentro de la heredad real de la Florida una casa de labor, a la que fué trasladada en 1860 la Escuela de Agricultura, que más adelante se llamaría de Ingenieros Agrónomos. La Escuela se amplió con instituciones y edificios y llegó a ser una de las mejores del mundo. Junto a ella se levantaron las Estaciones de Ensayo de Máquinas, de Fitopatología Agronómica y la de semillas; se cultivaron hectáreas de terreno y se plantaron viñedos; se almacenaron muestras de todos los vinos de España para formar la famosa bodega y se pusieron en práctica todos los sistemas de riego y de labranza.

Desde aquella atalaya, donde unos cuantos hombres laboraban sin descanso por el resurgimiento agrícola del país, el campo podía mirar a la ciudad con orgullo.

En la heredad se levantó también la Casa de Velázquez, mansión de artistas. Lucía una hermosísima portada monumental, trasladada del antiguo Palacio de Oñate, desaparecido de la calle Mayor. Los tiempos esmaltaron la ilustre casona de trágicas leyendas y solemnes fiestas. A la puerta del palacio, un ballestazo tronchó una noche agosteña la augusta vida del Conde de Villamediana.

HACIA tiempo que don Alfonso XIII venía rumiando la idea. El monarca ansiaba dotar a Madrid, a su Madrid tan querido, de una Ciudad Universitaria que emulase los recintos culturales de Europa y acaso del mundo. Hacia esa mansión del saber encaminarían sus pasos los estudiantes de allende el Atlántico, ligados por tantos vínculos a la Madre Patria, y que hasta entonces se desplazaban a otros centros de cultura extranjeros.

Quería a todo trance el soberano trocar en realidad su propósito y no desperdiciaba ocasión propicia. Al cumplir sus bodas de plata con la Corona renunció a todos los homenajes que iban a tributársele y cedió su importe para constituir un fondo inicial con el que poder acometer las obras. «Su costo no llega al de un acorazado», afirmó en cierta ocasión don Alfonso XIII para animar a los autores del proyecto.

La Ciudad Universitaria se construiría en los terrenos de la finca denominada La Moncloa, propiedad del Estado, con una extensión de unas trescientas hectáreas, más unos terrenos cedidos por la Corona.

Se constituye una Junta, que preside el Monarca. Se forjan proyectos, se redactan Memorias, se organizan viajes de técnicos al Extranjero para estudiar los Centros universitarios más importantes del mundo. Se crea el sorteo extraordinario de la Lotería Nacional, a beneficio de la obra, y se reciben cuantiosos donativos, muchos de ellos anónimos.

El 25 de julio de 1929 se inician las obras de construcción. Alejada del bullicioso trajín de la urbe, de cara a la brisa regeneradora de la Sierra, que acota con su nevada crestería el amplio horizonte, iba surgiendo la futura Ciudad Universitaria de Madrid.

El primer edificio fué la Facultad de Filosofía y Letras, cuya construcción se llevó a cabo con gran perfección. Otros pabellones —el de Gobierno, entre ellos— fueron asimismo construídos y se llevaba a gran ritmo la erección de los edificios que integrarían el campo de Medicina, en el que descollaría la ingente mole del Hospital Clínico.

EN el verano aciago de 1936 la guerra llegó con fuego de primera línea a aquel recinto, acotado para el estudio y la investigación. La Ciudad Universitaria fué firme bastión de la bravura y firmeza

de los soldados nacionales. Durante muchos meses el mando rojo tuvo que soportar la afrenta de aquella flecha, clavada con heroísmo en el corazón del Madrid sovietizado.

El plomo enemigo fué impotente para abatir la fortaleza de aquellos muros, tras los que alentaba la mejor juventud de España, deseosa de ofrecer su vida en defensa de una civilización que no muere.

Y resistieron contra las leyes del equilibrio las paredes del Hospital Clínico, que todas las mañanas veían izar con aires de triunfo la enseña de la verdadera Patria.

El heroísmo fué allí jornada constante. Avanzadilla nacional también la Escuela de Ingenieros Agrónomos, que el enemigo, impotente para luchar a campo descubierto, sembraba a diario de minas. La explosión de una de ellas levantó por el aire el ala derecha del edificio, que, al caer pulverizada, sepultó entres los escombros a centenares de valerosos de-



HE aquí cómo quedó, al terminar la contienda, la Casa de Velázquez, hoy bellísimamente reconstruída y en pleno funcionamiento.



EL último de los edificios inaugurados en el recinto cultural: La Casa del Brasil, que acogerá a los estudiantes universitarios del país hermano.—(Foto Santos Yubero.)

fensores. La centinela era allí angustiada y las guardias duraban sólo cinco minutos, ante la intensidad del fuego enemigo.

Los más modernos edificios de la Ciudad Universitaria —alarde de fina y severa arquitectura— su-



frieron grandes mutilaciones y, al terminarse la guerra, la nueva España se encontró con un recinto deshecho, cubierto de escombros y un paisaje árido y desolado.

Hubo que empezar de nuevo. Peor aún. Acometer la ingente tarea del descombro e iniciar después la reconstrucción. Se allegan recursos económicos. Se amplía la Deuda Pública destinada a tal fin.

Complemento de la restauración arquitectónica fué la repoblación forestal, tan necesaria y tan urgente. «Quedaría —afirmó el entonces ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín— truncado el plan general de obras emprendidas en la Ciudad Universitaria, si el mismo paisaje mutilado y herido por el plomo de los enemigos de España, no fuera restaurado con el esmero de la más amplia repoblación forestal. Los bosques de Madrid que se levantan en torno al recinto de la Ciudad Universitaria volverán a recortar, sobre el fondo ve'azqueño de los montes de El Pardo, la silueta de los robles y de los encinares, que en los lívidos atardeceres de la capital traían a sus puertas toda la grandeza y toda la severidad inmortal de nuestra Castilla.»

Por algunos meses la Ciudad Universitaria ofrecía la extraña arquitectura de sus edificios. Su fábrica temblaba con avisos de ruina, amontonábanse piedras y hierros en las hondonadas de las trincheras y algunos palacios exhibían tan sólo el telón de boca de su fachada. Por el parque más bello de Madrid había pasado la guerra, con sus satélites de ruina, soledad y destrucción.

Con plausible acuerdo se mantuvo el recinto cultural en el estado en que se encontraba al terminar la contienda. Incluso se colocaron pancartas —«nosotros», «ellos»— que indicaban la situación de los dos bandos combatientes y proclamaban una vez más el heroísmo de las fuerzas nacionales.

Pero la nueva España no podía abandonar la feliz iniciativa del último de los Borbones, y secundando los deseos del Generalísimo, se acometió con ardor la ardua empresa de la reconstrucción.

Se vencieron obstáculos, insuperables al parecer; se dotó a la Junta reconstructora de plena capacidad jurídica y se le entregaron con largueza los medios económicos necesarios para el empeño. Se multipli-

caron las cuadrillas de operarios, se cubrió la tierra yerma de millares de árboles, y de nuevo los edificios proyectaron sobre aquel parque la traza moderna de su atrevida arquitectura.

SOLO cuatro años bastaron para que se abriesen de nuevo de par en par las puertas de algunos edificios docentes. En la mañana luminosa del Día de la Raza de 1943, el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos inauguró la primera serie de edificios: Facultad de Filosofía y Letras, la Sección de Química de la Facultad de Ciencias, la Central térmica, la Facultad de Farmacia, la Escuela de Arquitectura, la Escuela de Ingenieros Agrónomos, los Campos de Deportes y el Colegio Mayor Jiménez de Cieneros.

Algunos de los edificios —las Facultades de Filosofía y Letras y de Farmacia— terminados antes de la contienda, hubieron de ser totalmente reconstruidos.

Dos años más tarde, también el Día de la Hispanidad. Franco inauguró otros tres edificios: la Escuela de Estomatología, la Escuela de Ingenieros de Montes y las Secciones de Física y Matemáticas de la Facultad de Ciencias.

A esa segunda etapa reconstructiva de la Ciudad Universitaria siguieron en años posteriores otras inauguraciones: Facultad de Medicina, Facultad de Derecho, Escuela de Ingenieros Navales, Residencias de Profesores, Casa de Velázquez, el gran Arco de Triunfo, Museo de América, numerosos Colegios Mayores estatales y privados, así como los centros culturales de países, entre los que descuella la Casa del Brasil, recientemente abierta.

Prosiguió la urbanización del parque cultural, se intensificaron los medios de transporte y continuó la construcción de los edificios que aún restan, entre ellos el Hospital Clínico, a punto de inaugurarse, y el gran Paraninfo.

En el panorama urbano de Madrid, que gozosamente acaba de conmemorar el cuarto centenario de su capitalidad, descuella por su grandiosidad y belleza el soberbio conjunto arquitectónico de la Ciudad Universitaria, sin rival en el mundo.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ



A Ti, magnífica, soberana y augusta Iglesia Católica Romana; a Ti, tan magnánima y poderosa, que, al lado de los Reyes de España, laboraste por la unidad española, ennobleciendo a la Patria, llevando su espíritu y cultura allende los mares para su engrandecimiento y pujanza, te ofrezco la humildad de mi homenaje, con mi veneración y fidelidad, a la par que demando del Espíritu Santo que la exposición de este tema corresponda a la fe y a los sentimientos de devoción de quien cree en Ti, como institución divina, admira tus excelsas virtudes y sigue tus inmutables y salvadores principios.

Decir España es decir catolicismo, quieran que no; no puede existir España, esa España aún hoy por

LAS ORDENES RELIGIOSAS ESPAÑOLAS

su espíritu es soberana de dos mundos, sin templos, sin altares, sin órdenes religiosas, sin María Inmaculada, sin el Sagrado Corazón de Jesús. Podrá en un momento, agitado y turbulento, el batallar de los hombres pretender ocultar, disipar, difuminar este color tan suyo, tan del alma nacional; pero esa cadena, cuyos eslabones son nuestras creencias, nuestro culto, nuestra heroica abnegación, nuestras virtudes raciales, nunca se romperá; que el corazón de la patria y el espíritu que la domina es más firme que las manos duras y opresoras que han pretendido subyugarla. Y así, esta Iglesia, ha coadyuvado en España, época tras época, de epopeya en epopeya,

a la sublimidad de sus empresas y de sus grandezas. Porque España fué grande por su fe y, mientras la Cruz acompañó a su espada, España extendió su influencia y dominio por el Mundo, irradiando los tesoros de sus costumbres, de sus leyes, de su arte incomparable por toda la faz de la tierra. Y con la fe, con la cultura y con la espada creó y dió vida al otro lado de los mares a Estados y Naciones. Donde hubo almas que conquistar, el alma española, el misionero español, allá fué, con ese espíritu cristiano que del relicario de Covadonga, bajo el pendón de Pelayo, redimió el solar patrio de la morisma y en Lepanto salvó a Europa de la esclavitud.

Sin embargo, en más de una ocasión la Iglesia Católica en España ha sido perseguida; y sus organismos, esas almas abnegadas que constituyen las órdenes religiosas, odiados y vilipendiados, sin tener en cuenta que la Iglesia, por medio de ellas, desarrolla una influencia tutelar y protectora, que alcanza posibilidades insospechadas, y que nunca se inmiscuye en los asuntos propios del Estado, obligando a sus hijos a la obediencia. «Al César, lo que es del César —les dice—; a Dios, lo que es de Dios».

Las órdenes religiosas más poderosas de la Iglesia, ha dicho Ramiro Maeztu en defensa de la hispanidad, son de origen español. España supo poner en ellas el aliento de su espíritu, recogiendo la mística militante del pensamiento, del amor y del combate. Nuestras órdenes religiosas son una representación de esa España cuyos hijos necesitan orar, pensar y combatir por su ideal. La misión universal de nuestra patria de catolizar el Mundo exigía la creación de una orden que con su verbo y su lema defendiera la verdad frente a la herejía, siempre dispuesta a corregir los extravíos de los fieles; exigía igualmente que de la fusión de la religión y de la caballería surgieran esas milicias que se imponían la doble condición de vencerse a sí mismas a través de la continencia y de triunfar sobre los infieles por medio de las armas; exigía, también, la creación de un nuevo espíritu militante, de sabiduría y de lucha, que contrarrestara la ofensiva de la Reforma, reafirmando la unidad en torno a la cátedra de San Pedro, y, por último, exigía que el sacrificio, siempre presente en el alma religiosa del español, tuviera su representación viva en la acción protectora y desinteresada de unos cuantos hombres constituídos para dejar sentir su caridad cristiana más allá de los límites nacionales.

Así, España, por conducto de sus órdenes religiosas, supo oponer al materialismo de una época la religiosidad de una fe, utilizando no sólo el arma invencible del pensamiento recto, sino también la fuerza de la espada. El pensamiento, de fuente pura y cristalina, frente a la herejía y el desvío materialista; la acción, alentada por una fe, por una devoción,

frente a una concepción de la vida prostituída por unos intereses bastardos, cuya lucha victoriosa obligaba al imperio de la espada, que sabe atacar sin temer a que el martirio aureole la cabeza del católico español.

Ordenes religiosas que no se limitaron a extender su influencia dentro de la órbita nacional —influencia tan intensa, tan marcada, que, negada, su historia desaparece y se borra parte de la Historia de España, según afirma en uno de sus discursos Vázquez de Mella—, sino que la extiende al ámbito de lo universal, cumpliendo, de esta forma, una doble misión: nacional y misional, que nos debe enorgullecer como españoles.

Si nos detenemos a examinar nuestra historia veremos la augusta pléyade de Obispos y Monjes convirtiendo y civilizando a suevos y visigodos, trocando en ciudades los campamentos bárbaros, salvando el abismo que separa a las dos razas por medio de la unidad religiosa, que las abraza, y del Código mejor de su época, que los junta en aquellos concilios toledanos; y cuando la barbarie berberisca pasa el Estrecho como viento del desierto y trata de convertir la península entera en una provincia africana más del califato oriental, ¿de dónde sale la Reconquista? ¿Quién la inspira, la empuja y la dirige? Sale de las grutas y de las ermitas, y de los monasterios y de las montañas. Y cuando la cruzada occidental, acampada ya en las márgenes del Tajo y del Ebro, se ve amenazada de retroceder a las montañas, arrollada por la nueva oleada de bárbaros, surgen las gloriosas legiones de los monjes soldados de las Ordenes Militares, que resisten como una muralla todo el empuje musulmán y llegan con Don Jaime, con San Fernando y con Alfonso XI hasta el Guadalquivir y Algeciras, y más tarde, con los Reyes Católicos, a la vega de Granada, para dominar la restauración del territorio. Un fraile dominico, San Vicente Ferrer, había establecido en el Compromiso de Caspe las bases de la unidad política realizada por los Reyes Católicos; otro fraile mercedario, el Padre Olmedo, confesor y compañero de Hernán Cortés, no le perdona su severidad con los indios; incomparables jesuitas, como el Padre Valdivia y el Padre Aranda, extienden el manto de la fe sobre los intrépidos araucanos, y, entre triunfos y tormentos, preparan la conquista católica de Chile, mientras otros hijos ilustres de San Ignacio, como Nebrija y Núñez, exploran el Brasil y logran con indomable constancia la libertad de los indígenas, y así, cientos y cientos de casos, hasta llegar a esas dos guerras de la Independencia: la Napoleónica y la Nacional, en la que cientos de frailes de todas las órdenes religiosas, y muy especialmente de las españolas, jalonan su historial con múltiples calvarios levantados en gloria de Dios y en honra de España. Y, además, sus claustros y sus celdas han sido en toda época aulas magnas de la cultura, de la sabiduría y de la investigación. El concilio de Trento, protegido por la espada del nieto de los Reyes Católicos, pareció, gracias en parte a las órdenes religiosas, un concilio español, pues, has-